

El libro de vidrio / The Glass Book, de Gladys Ilarregui

Milena Rodríguez Gutiérrez (Universidad de Granada)

[*El libro de vidrio / The glass book. Poemas*, Edición bilingüe, Gladys Ilarregui. Translated by América Martínez Cruzado, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 2012].

El libro de vidrio es el más reciente poemario de Gladys Ilarregui, poeta y profesora argentina residente en Estados Unidos, y autora, entre otros, de *Indian Journey* (Premio Plural, México, 1994), *Guía para perplejos / Oficios y Personas* (Premio García Lorca de la Embajada de España en USA, 1994) y *Poemas a medianoche* (Premio Jorge Luis Borges, 1999; Premio Arthur P. Whitaker, 2003).

El poemario comienza de un modo singular: ofreciendo las varias definiciones (siete, en concreto) que la Real Academia Española recoge de la palabra “vidrio”. El libro está estructurado en dos partes, la Parte I, “Vidrios en el tiempo: instalación luminosa” y la Parte II, “Vidrio. La cita postmoderna”, y constituye un ejercicio, una reflexión hermosa, inteligente, intensa, (experimentos poéticos los llama con precisión la autora), que toma el vidrio como motivo para hablar sobre la vida y sus muchas formas de rotura; sobre el reflejo del pasado en el presente, o viceversa; de todo aquello que, a pesar de su fragilidad, perdura.

La Parte I reúne textos que nos llevan a épocas remotas o exóticas, a los siglos XVI y XVII: la corte de la España católica, la Europa protestante, el México anterior a la conquista. Algunos de estos poemas son, en cierto modo, mínimas, preciosas lecciones de historia; hay en esta parte poemas japoneses, poemas sobre cuadros y pintores (Da Vinci, *Las meninas* y Velázquez) y sobre personajes de esos tiempos lejanos, como Sor Juana Inés de la Cruz o Felipe III. La Parte II remite a acontecimientos, fechas, modos, personajes, más actuales: Artaud, Virginia Woolf, Federico García Lorca, Iraq, Cuba, el Word Trade Center, ciertas noticias publicadas en los blogs. Un poema acaso distintivo de esta segunda parte podría ser “El Gran Vidrio en una exposición de París”: “...las cosas acabadas y pulcras desatan / sus furiosos vértices, ya no hay resultados binarios / el bien, el mal, lo propio, lo imposible. / Ahora se abre / una grieta por ese vidrio cerrando una historia de / los días que parecían perfectos como una hilera de / casas terminadas”.

En ambas partes el vidrio es protagonista: una reina que recuerda su amor mientras examina unos vasos tallados de los Medici; un espejo que atrapa a quien en él se mira, como mismo atrapa la infelicidad (¿o es al revés?); vidrios que caen de lo alto, que destruyen y matan, en Alemania, en Irak, en Estados Unidos, ayer, hoy.

Vitrales, vasos, espejos, piedras, cristales, van, en fin, sucediéndose en este libro que reluce y que brilla. Y es que Gladys Ilarregui ha escrito un libro donde el cristal se va deshaciendo y multiplicando metonímicamente sin dejar de ser también metáfora: “Hay algo en el recuerdo, algo como la transparencia de un rayo de luz sobre la superficie apenas rasgada del amanecer”, o “La vida, ese pesado saco de terciopelo negro cosido con agujas temblorosas por mujeres que no gozaron del amor” (“Glass: Old and New Worlds”).

Muchos otros poemas de este libro merecerían citarse. Me detengo en uno de ellos, el excelente “Rota”, situado en el momento histórico en que Enrique VIII se separa de la Iglesia Católica y en que el Parlamento Inglés ordena, en 1644, que todas las imágenes de la Virgen María sean destruidas: “así comenzó la rotura de imágenes de vidrio en la Europa protestante”, se lee en el epígrafe que encabeza el poema. El texto es una oración a la Virgen María, pero, es, a la vez, un poema de amor; la Virgen es aquí ella misma, pero es también cualquier mujer de hoy, de este tiempo, cualquier mujer rota, abandonada, desamada, deshecha, destruida. La Virgen del poema tiene también otra rareza que la divide, y es que es una Virgen transatlántica, una Virgen rota, partida, como la autora, entre dos lenguas, el inglés y el español. Aunque el poema se encuentra en la Parte I del libro, bien podría aparecer también en la segunda, como “cita postmoderna”. Pero acaso, el poema es, sobre todo, paradigma del modo en que está construido este libro, fundamentalmente en su primera parte: como un libro de relatos de viajes, donde se cumple plenamente esa cualidad esencial de este tipo de literatura, cualidad que agudamente ha destacado el estudioso Ottmar Ette, y que es la de relacionar “lo otro, el tiempo del otro, con el propio tiempo”. Palabras como “Virgen”, “cielo”, “mundo” tienen resonancias polisémicas en el texto y varios significados: los del siglo XVII, pero también otros, los de hoy. Dice el poema:

Rota / Broken

Baby estás rota sobre el suelo roto sobre
las luces de neón de esa corona de estrellas que
eran tus sueños, *babe*, hasta que dejaron de amarte
como a una artista vieja y de plástico
Virgen sacrosanta virgen yo acudo a ti
aún sola y partida allí por entre los vidrios
se asoma todavía un cielo que debe ser posible
si lo pedimos con los labios secos
sacred piece of your heart / broken.

[...]

Broken / Rota
espejeando entre el río y la calle, entre las piedras
Santa Virgen enjuágame los pecados
y hazme más fuerte porque yo estoy rota
repasando las páginas del día de un mundo
que hace mucho se rompió.

Poemario sobre las roturas y las rupturas, sobre lo que es frágil y cae, sobre lo que se escapa y lo que se va, sobre lo que ya no está: el cristal se rompe, el espejo se rompe, el corazón se rompe, el mundo se rompe, la vida se rompe. Poemario sobre lo que, a pesar de todo, dura en su transparencia, en su fragilidad, en su esplendor. Gladis Ilarregui ha escrito con vidrio poemas que perduran, poemas que no se romperán.